La mochila con vistas al escaparate

El sábado, antes de que se montaran los toldos, Teresa encontró el rincón perfecto para vender su mochila: un puesto frente a un escaparate cerrado, con persiana verde y dos macetas a los lados. No había pensado en la mochila desde que dejó de ir cada semana a visitar pueblos por trabajo. Estaba limpia, conservaba sus cremalleras y todavía tenía en la base una costura roja que ella misma había reparado.

—Como nueva —dijo para convencerse.

La colocó sobre una caja y le sacó una fotografía con el teléfono. En la pantalla, la mochila parecía más lustrosa que en la mano. No había manchas detrás, ni carteles torcidos, ni una bolsa de basura arruinando la esquina. Solo la persiana verde, la luz de la mañana y aquel objeto que pronto sería de otra persona.

Un golpe seco le hizo levantar la cabeza. Paco, vendedor de utensilios, había dejado junto a ella una cafetera tan grande que parecía necesitar su propio puesto.

—¿Me haces una foto aquí? Al lado de mi mesa sale el contenedor de vidrio.

Teresa iba a decirle que solo había escogido aquel lugar para su anuncio. Pero Paco ya sujetaba la cafetera por el asa, inclinándola como si buscara su lado bueno. Ella apartó la mochila, tomó la foto y devolvió la cafetera. El hombre se marchó muy satisfecho.

A los tres minutos apareció Berta, con una lámpara sin bombilla.

—Paco dice que tienes el mejor fondo del mercado.

—Lo que tengo es una mochila en venta.

—Me vendría bien para transportar la lámpara —respondió Berta—. Primero, la foto.

Cuando Teresa quiso recuperar su caja, la persiana verde estaba ocupada por un jarrón, tres marcos y una máquina de escribir a la que le faltaba una tecla. Cada dueño colocaba su mercancía, pedía a Teresa que no cortara ninguna esquina y se llevaba el artículo. Nadie se quedaba a comprar la mochila.

Ella hizo una marca con tiza bajo la caja para reservar el sitio. Enseguida un señor depositó allí una planta grande.

—La marca indica dónde estoy trabajando —protestó Teresa.

—Ah, ¿organizas el estudio? Muy bien montado.

Paco comenzó a dirigir el tránsito:

—Los cacharros pequeños a la izquierda. Los que brillan, después del sol. ¡Y no me traigan espejos hasta que comamos!

El puesto parecía una oficina de objetos que aspiraban a salir guapos. Teresa, entretanto, no había vendido ni una correa. Escribió el precio de la mochila en una tarjeta, pero cada vez que la dejaba sobre ella alguien la retiraba para que no apareciera en una fotografía.

—Si de verdad vamos a hacer esto —dijo—, por lo menos despejad la acera. La gente tiene que pasar.

En respuesta, Berta arrastró una mesa plegable dos pasos hacia la calle. Paco movió la suya detrás. El vecino de los libros quiso aprovechar el espacio abierto y se colocó en medio. Pronto todos habían cambiado de puesto sin ponerse de acuerdo, y la fila para fotografiar objetos parecía la entrada a un espectáculo de malabares.

Una mujer con un paraguas cerrado se detuvo ante Teresa.

—¿Cuánto pides por la mochila?

Por fin, una clienta. Teresa recogió el jarrón que ocupaba la caja, colocó la mochila delante y abrió la cremallera principal para mostrar el interior. Pero la mujer no miró dentro.

—No, gracias. Preguntaba porque llevo esperando para hacer una foto de mis platos, y pensé que esa mochila era el mostrador.

Teresa bajó la cremallera sin contestar. Luego se rio. La clienta también se rio, aunque no supo muy bien por qué.

A media mañana, las nubes taparon el sol. La persiana quedó sin su brillo verde y empezaron las disputas sobre quién tenía prioridad. Paco proponía turnos por tamaño; Berta por antigüedad del vendedor; el señor de la planta defendía a los seres vivos, incluido un helecho que nadie había pedido retratar.

—La última, con temporizador —dijo Teresa al apoyar el teléfono—. Después recupero mi puesto.

Trajeron cuatro artículos: cafetera, lámpara, jarrón y máquina de escribir. Cuando Teresa se apartó para que entraran en el encuadre, se descubrió con una mano sujetando la lámpara y la otra evitando que la cafetera rodara. Paco tenía que agacharse para ocultar el pie de la mesa. Berta, en cuclillas, sostenía el jarrón fuera de la sombra. Nadie salió elegante, pero por primera vez la imagen mostró el esfuerzo que costaba mantener el mercado abierto.

—Esta sí la guardo —dijo Teresa.

Al terminar, Berta recibió un mensaje: debía irse antes de lo previsto. Paco también tenía que recoger a su nieta. El encargado pidió que llevaran lo que quedaba al puesto común de recogida, al otro extremo del pasillo.

—Tengo que llevar seis cosas y solo dos manos —dijo Berta, mirando los pequeños objetos que aún no había vendido.

Teresa miró su mochila. Cabían los marcos envueltos en un paño, la lámpara desmontada, un estuche de herramientas y las etiquetas que se habían escapado por el suelo. Probó la costura roja: resistía.

—Los frágiles no —avisó—. Esos los llevamos entre dos. El resto, aquí.

Hicieron dos viajes. Teresa iba con la mochila a la espalda, Paco empujaba la mesa plegada y Berta cargaba el jarrón. Dejaron la cafetera con el encargado.
Nadie necesitó un fondo verde para hacer aquello.

Al desmontar, la persiana recuperó su silencio. Teresa encontró la tarjeta del precio bajo la caja vacía y la dobló. Había pasado la mañana intentando desprenderse de un objeto que todavía hacía su trabajo mejor que cualquier bolsa del mercadillo.

—¿La vendiste? —preguntó Paco desde la esquina.

—No. Le he renovado el contrato.

Se puso la mochila y palpó la costura roja. Seguía firme después de los dos viajes.
El sábado siguiente volvería con ella a la espalda, como cuando recorría los pueblos.